

EL CAMPANIFORME EN LA REGIÓN CANTÁBRICA: UN FENÓMENO ARQUEOLÓGICO EN EL SENO DE LAS SOCIEDADES CALCOLÍTICAS DEL NORTE DE LA PENÍNSULA IBÉRICA

*BELL-BEAKERS IN THE CANTABRIAN REGION: AN ARCHAEOLOGICAL PHENOMENON
WITHIN THE CHALCOLITHIC COMMUNITIES FROM NORTHERN SPAIN*

ROBERTO ONTAÑÓN PEREDO (*)

RESUMEN

Este artículo pretende una aproximación al fenómeno campaniforme considerado no como una manifestación aislada, sino en su imbricación dentro de las estructuras y las dinámicas socioeconómicas de las sociedades calcolíticas del Cantábrico. Obviamos el estudio descriptivo y formal de los materiales, la aproximación tipológico-comparativa que, ya desarrollada en un marco de investigación eminentemente empirista, no resulta esencial para el progreso del trabajo. En primer lugar se examinan las evidencias documentadas desde una perspectiva contextual, con el fin de proponer una adecuada caracterización de la presencia campaniforme en el registro cantábrico. A continuación, un análisis de la participación de los materiales campaniformes en los modelos de intercambio y las prácticas funerarias del Calcolítico cantábrico permite plantear algunas hipótesis acerca de su intervención en los procesos de cambio socioeconómico detectados en ese ámbito espaciotemporal. Se trata, en definitiva, de ofrecer alternativas interpretativas en el estudio de esta realidad arqueológica; una manifestación que, a pesar de sus innegables especificidades, considerada de este modo pierde en gran parte ese carácter fenoménico y pasa a formar parte de la integración de elementos e instancias sociales y económicas que interactúan en la configuración de una formación económico-social inmersa en un proceso de cambio.

ABSTRACT

The aim of this article is to approach the Bell-Beaker phenomenon not as an isolated manifestation but as a cultural element integrated into the socio-economic dynamics of the Chalcolithic societies. We discard here the descriptive study of material culture, i.e. the typological-comparative approach, highly developed in an eminently empiricist tradition of research and furthermore unnecessary for the progress of this work. First, we examine the archaeological evidence focusing on find contexts in order to adequately characterise the Bell-Beaker presence in Cantabria. Subsequently, a consideration on the involvement of the Bell-Beaker components in the exchange models and the funerary practices of the Cantabrian Chalcolithic allows us to suggest several hypotheses concerning its participation in the socio-economic change processes documented in this spatial-temporal realm. The aim is to offer an alternative interpretation of this archaeological reality, that, despite its undeniable distinctiveness, when regarded in this way loses that phenomenal character and turns out to be a part of the interacting elements within a socio-economic formation immersed in a process of change.

Palabras clave: Campaniforme. Calcolítico. Región cantábrica. Intercambios. Prácticas funerarias.

Key words: Bell-Beaker. Chalcolithic. Cantabrian region. Exchange. Mortuary practices.

1. INTRODUCCIÓN

El lugar que ocupa el fenómeno campaniforme en la historiografía arqueológica de la región cantábrica es ciertamente menor: no excede el de un

(*) Grupo de Prehistoria, Universidad de Cantabria, Edificio Interfacultativo. Avda. de los Castros s/n. 39005 Santander. Correo electrónico: roberto.ontanon@unican.es.

Recibido: 13-XII-02; aceptado: 20-I-03

sujeto de presencia incidental en una bibliografía que ha contemplado un franco incremento durante las últimas décadas.

A pesar de que tratamos de un área en la que el impresionante legado paleolítico ha condicionado en gran medida la orientación de los prehistoriadores hacia el estudio de ese esplendoroso pasado, la parquedad en el tratamiento de la “cuestión” campaniforme en la región deriva fundamentalmente de la pobreza de la evidencia disponible. De hecho, este rasgo del registro arqueológico regional constituye, como luego veremos, la principal señal de identidad del Campaniforme en la Cornisa Cantábrica y condiciona fuertemente cualquier aproximación a su estudio.

No puede decirse que, en la actualidad, exista un “estado de la cuestión” acerca del Campaniforme en el Cantábrico. La documentación disponible a este respecto –aparte los propios materiales y contextos arqueológicos– está compuesta por un mosaico de publicaciones de diversa entidad y extensión en el tratamiento del tema, a falta de una adecuada revisión sistematizadora como la procurada por el firmante de estas líneas. El repertorio bibliográfico relativo a este sujeto de la investigación está constituido por publicaciones de materiales, procedentes de trabajos de campo y hallazgos casuales (Juaneda 1986; Fernández y Pérez 1986; Apellániz 1986; Armendariz 1988; Altuna *et al.* 1990; Muñoz 1991; Rovira *et al.* 1997, etc), referencias en obras de síntesis de ámbito provincial o regional (Apellániz 1973; Blas 1983, 1987; González Sainz y González Morales 1986) y contados trabajos dedicados a su estudio específico en un particular ámbito geográfico (Alday 1988, 1995, 1996). No es muy diferente la coyuntura en la investigación de este fenómeno en cuanto a sus aspectos interpretativos: la inexistencia (o inadecuación) de una propuesta global totalmente satisfactoria explica la diversidad de los epítetos que acompañan a la denominación campaniforme y el necesario entrecomillado de los mismos.

2. ESTUDIO CONTEXTUAL GENERAL: LA “DESINTEGRACIÓN” CANTÁBRICA DEL COMPLEJO CAMPANIFORME

2.1. Distribución de los tipos cerámicos por categorías contextuales

La distribución de los distintos tipos cerámicos entre las diferentes categorías de contextos arqueológicos

en que se han documentado ofrece alguna tendencia que creemos significativa. Así, todas las evidencias de campaniformes cordados AOC (una segura en la cueva guipuzcoana de Amalda II y tres probables en las cuevas vizcaínas de Santimamiñe y Lumentxa y la guipuzcoana de Anton Koba) e incisos (en las cuevas cántabras de El Ruso y El Cráneo), igual que la práctica totalidad de los objetos metálicos incluibles en este complejo material, se han documentado en contextos hipogeos, mientras el 100% del tipo cordado-impreso CZM se localiza en estructuras megalíticas (1).

Introduciendo la variable funcional, el reparto de los diferentes tipos por clases de contextos parece mostrar asimismo variaciones relevantes. Los vasos cordados AOC se asociarían, básicamente, a conjuntos de habitación (o, al menos, no sepulcrales), mientras los cordado-impresos CZM y los incisos se relacionan con usos funerarios. De aquí podría inferirse un distinto carácter para cada una de las variedades documentadas en la región, remarcándose de este modo un aspecto concreto de la variabilidad actualmente admitida dentro del ámbito campaniforme. Si combinamos la variación locacional y funcional detectadas con la ordenación cronológica hoy consensuada para los tres tipos documentados en el Cantábrico se podría plantear una primera aparición de esta clase de cerámicas en la región asociada a usos habitacionales; tal vez a modo de vasijas selectas destinadas a una utilización que se nos escapa, pero que podría estar relacionada con algún tipo de celebración o ritual asociado con la ingesta de determinadas bebidas (Sherratt 1987). Posteriormente (o tal vez al propio tiempo) estas manufacturas cerámicas, ciertamente minoritarias y claramente singularizables entre el repertorio común de los conjuntos analizados, adquirirían un significado asociado a los rituales mortuorios (2).

(1) Con todas las cautelas a que obliga la insuficiencia numérica de la muestra manejada, que impide el tratamiento de los datos mediante la aplicación de técnicas estadísticas e implica una necesaria consideración de la incidencia del azar en su configuración. La historia de los descubrimientos introduce también un importante factor de contingencia en la documentación disponible, producto de una actividad investigadora fuertemente compartimentada y de muy desigual intensidad en función de las actuales divisiones administrativas.

(2) Un último paso en este proceso relacionado con el uso de las vasijas campaniformes –no documentado, empero, en la región– contemplaría una cierta «vulgarización» de esta especie cerámica, manifiesta en su mayor proliferación en yacimientos de habitación al aire libre, que iría acompañada de una «degeneración» estilística como la que parece apreciarse en el «tipo Silos» (Delibes y Municio 1981) o en el tipo II de Bosch Gimpera (1971).

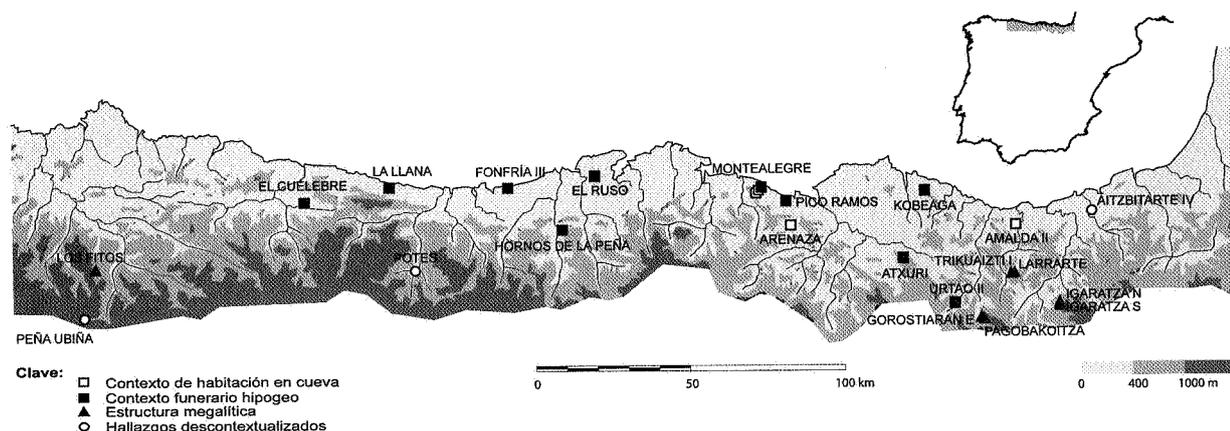


Fig.1. Mapa de la región cantábrica con localización de los yacimientos que han proporcionado materiales campaniformes.

2.2. Distribución y asociación contextual de los diferentes materiales campaniformes

La observación de la asociación de las cerámicas campaniformes cantábricas con objetos pertenecientes a otras categorías materiales asimilables al mismo “complejo tecnocultural” permite detectar ciertas peculiaridades: se aprecia, fundamentalmente, una disociación entre las cerámicas y los otros elementos considerados propiamente campaniformes como los puñales de espigo, las puntas de tipo Palmela, los “brazales de arquero” y los botones con perforación en V. De hecho, únicamente en el Abrigo del Cráneo (Castro Urdiales, Cantabria) parece constatar el caso contrario, con la coexistencia de una vasija campaniforme con decoración inciso-impresa (Fig. 2) y dos puntas metálicas de tipo Palmela (Molinero *et al.* 1985; Ontañón 2000, 2001). Más dudoso resulta, en este sentido, el caso del dolmen de Pagobakoitza (Aizkorri, Guipúzcoa), donde se asociarían un magnífico vaso de tipo marítimo variedad cordada-impresa, un supuesto puñal de lengüeta y un “separador” (Fig. 3) (Aranzadi *et al.* 1919; Ontañón 2002). Este aparente divorcio entre cerámica y otros objetos del “equipo” campaniforme se da, del mismo modo, entre aquellos, documentándose sólo en contadas ocasiones la asociación de varios de esos elementos (y nunca más de dos) en un mismo contexto. Así, el nivel 3 de la cueva de Pico Ramos (Músquiz, Vizcaya) incluye una pequeña pieza metálica de problemática clasificación (punta o puñalito de espigo) junto con un prisma con perforación en V (Zapata 1995) y el depósito sepulcral de la cueva de Kobega I (Ispaster, Vizcaya) reúne un botón con perfo-

ración en V y un “brazal de arquero” (Apellániz y Nolte 1969), ambos contextos *sin* cerámica campaniforme. Ello se aprecia mejor en la tabla 1.

YACIMIENTOS (PROV.)	C	P	PL	V	B	T
Amalda II (GUI)	X					1
Gorostiaran E (GUI)	X					1
Pagobakoitza (GUI)	X	X?		X		2-3
Trikuaitzi I (GUI)	X					1
Larrarte (GUI)	X					1
El Ruso (CA)	X					1
Los Gitanos (CA)			X			1
Abrigo del Cráneo (CA)	X		X			2
Cueva del Cráneo (CA)			X			1
El Cuélebre (AS)		X				1
Arenaza-III-5 (VI)		X				1
Atxuri (VI)		X				1
Urtao II (GUI)		X				1
Aitzbitarte IV (GUI)		X				1
La Llana (AS)			X?			1
Peña Ubiña (AS)			X			1
Potes (CA)			X			1
Fonfría III (CA)			X?			1
Arenaza-VII-8 (VI)			X			1
Pico Ramos-3 (VI)		X?	X?	X		2
Kobega I (VI)				X	X	2
Igaratza S (GUI)				X		1
Los Fitos (AS)					X	1
Hornos de la Peña (CA)					X	1
Igaratza N (GUI)					X	1

Tab. 1. Presencia de elementos del «complejo» campaniforme en yacimientos cantábricos ordenados por categorías industriales (Leyenda: C = cerámica, P = puñal de espigo, PL = punta Palmela, V = botón con perforación en V, B = brazal de arquero, T = total. Los signos de interrogación califican las piezas de dudosa adscripción). GUI = Guipúzcoa, CA = Cantabria, AS = Asturias, VI = Vizcaya.

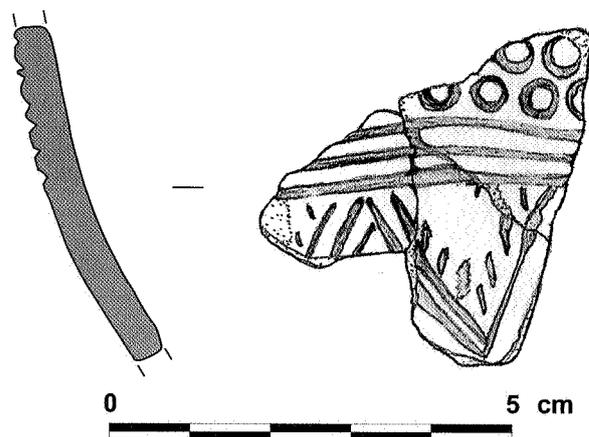


Fig. 2. Fragmento de vasija campaniforme con decoración inciso-impresa del Abrigo del Cráneo (Hoyo de Juan Gil, Montealegre, Sámano, Castro Urdiales, Cantabria).

En efecto, se detecta en estas latitudes peninsulares una general desconexión entre los diferentes componentes del clásico “equipo” campaniforme que, aparte los hallazgos descontextualizados, aparecen normalmente en forma de elemento aislado dentro de contextos que no cuentan con ningún otro indicio de la presencia de ese complejo material. Únicamente en cuatro de los yacimientos, y sin absoluta seguridad estratigráfica, se daría una asociación efectiva entre alguno de tales objetos.

La presencia campaniforme en el Cantábrico parece, pues, poder caracterizarse en líneas generales como escasa, esporádica y marginal, con excepción quizá del extremo oriental de la Cornisa, donde se concentra el mayor número de elementos incluíbles en este “complejo”.

2.3. Distribución espacial de los materiales campaniformes cantábricos

Enlazando con el punto anterior (y contemplando la incidencia de factores de variabilidad como la diferente intensidad de la investigación en las distintas circunscripciones administrativas), la distribución de los escasos hallazgos campaniformes en el territorio de la Cornisa Cantábrica parece mostrar una cierta gradación de componente longitudinal. Así, en el extremo más occidental se da el mínimo número de hallazgos, en Cantabria y Vizcaya los efectivos campaniformes están aparentemente equilibrados, y es en la zona más oriental donde se documenta una mayor cantidad de elementos. Si introducimos en los cálculos, a modo de factor co-

rector de esas magnitudes, una variable espacial como es la superficie total de la vertiente cantábrica de cada una de las provincias, es decir, si calculamos la densidad de hallazgos, la tendencia detectada se confirma, agudizándose (Tab. 2).

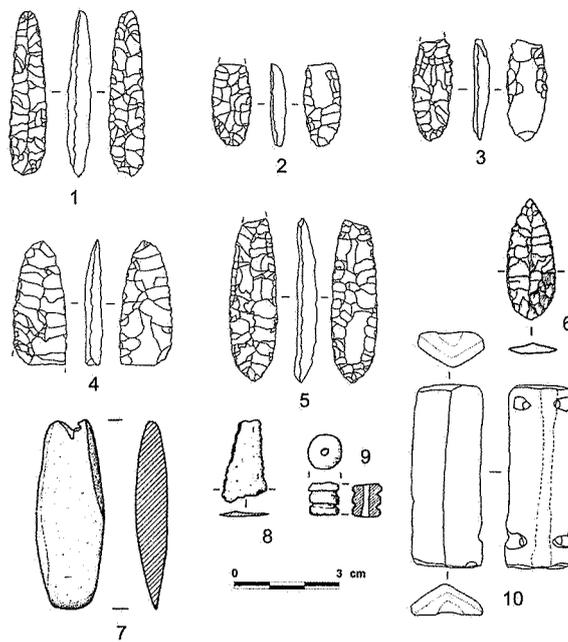


Fig. 3. Ajuar del dolmen de Pagobakoitza (Aizkorri, Guipúzcoa). 1-6: puntas líticas con retoque plano; 7: hachita/cinzel pulimentado; 8: fragmento de lámina metálica (¿de puñal de espigo?); 9: cuenta segmentada en hueso; 10: *écarteur* o «separador» en piedra blanca; 11: vaso campaniforme CZM (6-9 según Apellániz 1973; 11 según J. Iturriza, en Armendariz 1988).

ASTURIAS			CANTABRIA			VIZCAYA			GUIPÚZCOA		
nº els.	S	d	nº els.	S	d	nº els.	S	d	nº els.	S	d
4	10565	3,7	8	4357	18,3	7	2210	31,6	12	1997	60,1

Tab. 2. Presencia de elementos del «complejo» campaniforme por provincias. Leyenda: nº els.= número de elementos, S=superficie en Km², d=densidad de hallazgos (multiplicada por 10⁻³ a efectos comparativos).

Puede plantearse, por tanto, la existencia de un indudable gradiente O-E en la importancia de la presencia campaniforme en la región, que se hace expresa en las magnitudes siguientes: la densidad de hallazgos en Guipúzcoa es de prácticamente el doble que en Vizcaya, guardando una proporción similar la relación entre la de esta última y la de Cantabria que, a su vez, casi quintuplica la de Asturias. Pero el canon del reparto de elementos campaniformes en el Cantábrico se hace más evidente aún mirando a los extremos de la serie: el peso numérico de los objetos incluíbles en ese repertorio material localizados en Guipúzcoa multiplican por tres a los de Asturias, provincia de una extensión unas cinco veces mayor, por lo que la densidad de hallazgos resulta aquí dieciséis veces menor.

Esa marcada diferenciación cuantitativa de cariz geográfico de los elementos campaniformes va acompañada de una neta disimetría en la distribución espacial de algunos de ellos, a la que se puede imputar igualmente un componente espacial. Ello es patente en el caso de los tipos decorativos cerámicos: los estilos “antiguos” se circunscriben al extremo más oriental de la región, estando totalmente ausentes de la zona central y oriental; inversamente a lo que sucede con los campaniformes incisos, que aparentemente restringen su aparición a la zona central de la Cornisa. Tal diferencia es también ostensible en relación con la dispersión geográfica de otro elemento al que se asigna comúnmente una concreta significación cronológica, las puntas de tipo Palmela: éstas se documentan únicamente en la zona occidental y central, faltando totalmente en la parte más oriental.

La combinación de las dos tendencias de distribución arriba establecidas sugiere un panorama desigual en la expansión geográfica del campaniforme en la región cantábrica, que podría resumirse como sigue.

La llegada de los integrantes “antiguos” de este complejo (campaniformes cordados y cordado-impresos) habría tenido lugar por el extremo oriental de la Cornisa, el área más cercana y aparentemente más vinculada a otras regiones transpirenaicas en los primeros compases de la expansión de

esta clase de materiales, que restringirían su presencia a esa zona o, en todo caso, no superarían en su extensión hacia el oeste la provincia de Vizcaya. En momentos coetáneos, o tal vez subsiguientes, tendría lugar la aparición en la región de objetos otra considerados propios del “reflujo” campaniforme como los puñales de espigo, los brazales de arquero y los “botones” con perforación en V, más repartidos geográficamente a lo largo de la Cornisa (excepto los “botones”, también restringidos al área oriental). Finalmente, un artefacto como las puntas de tipo Palmela, piezas metálicas de origen peninsular que podrían considerarse como un elemento contemporáneo o, tal vez, más tardío que los anteriores, muestra una distribución netamente diferente, que se circunscribe al área occidental y central de la región, no habiéndose documentado en ningún caso en la provincia guipuzcoana. Es una repartición casi pareja a la de los campaniformes inciso-impresos localizados en la Cornisa. Tal dispersión geográfica encajaría con la teoría más difundida en cuanto a la procedencia de estas manufacturas metálicas, que sitúa su origen en el oeste de la Península (Delibes 1983). Su arribada a la región habría tenido lugar, así, desde áreas más meridionales a través de los distintos pasos de la Cordillera, pudiéndose proponer una vía similar de penetración para los diversos campaniformes incisos documentados en el Cantábrico.

2.4. Los campaniformes cantábricos en su contexto

Debido a diversas carencias de los procedimientos seguidos en la recogida de la información no contamos con datos suficientes para establecer las circunstancias concretas de localización microespacial de la gran mayoría de los hallazgos. Ello impide, por consiguiente, determinar su homogeneidad contextual con el resto del ajuar o, al contrario, distinguir su carácter “intrusivo” –el tradicionalmente aceptado para esta clase de materiales–. Los pocos casos en que este extremo ha podido ser documentado corresponden a excavaciones moder-

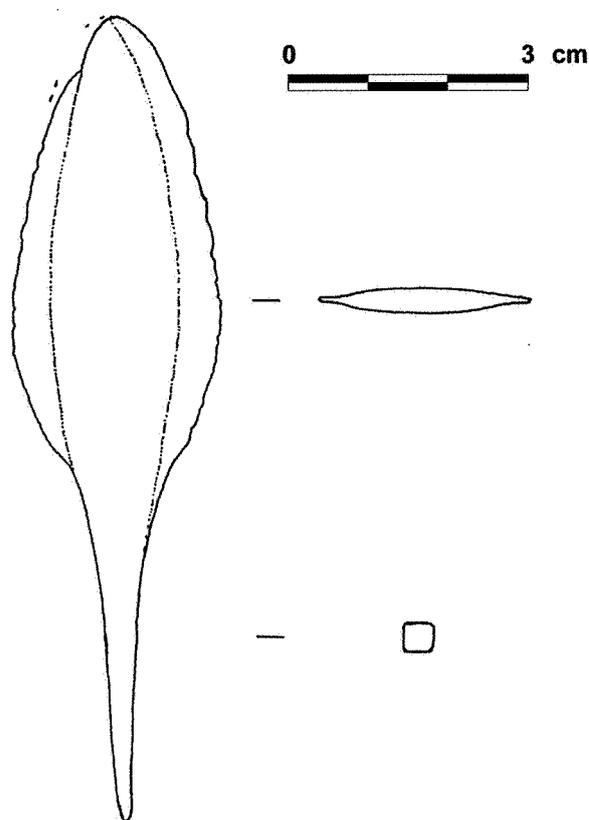


Fig. 4. Punta de tipo Palmela procedente de un hallazgo descontextualizado efectuado en Peña Ubiña (Asturias).

nas, planteadas y ejecutadas bajo presupuestos actualizados. Las conclusiones que cabe deducir de la información microespacial ofrecida por tales trabajos parecen apuntar hacia la primera de esas hipótesis. En el dolmen de Larrarte (Murumendi, Guipúzcoa) los fragmentos cerámicos con decoración campaniforme se situaban en el interior de la cámara sepulcral, concentrándose principalmente en su ángulo NO, lo que indica su indudable asociación al conjunto de restos humanos en ella inhumados (Mujika y Armendariz 1991) (Fig. 6). Lo mismo cabría afirmar respecto a los escasos materiales relacionables con este complejo recuperados en el depósito funerario de la cueva de Pico Ramos, cuya única posible diferenciación dentro del paquete sepulcral se referiría a su situación hacia la mitad superior del estrato (Zapata 1995). No debe olvidarse, en este sentido, que ambos contextos son enterramientos de tipo múltiple o “colectivo” donde los elementos campaniformes son añadidos, probablemente, en conexión con algunos de los inhumados (volvemos sobre esta cuestión en el siguiente apartado).

Tales evidencias permiten replantear, en el caso de los campaniformes cantábricos, las tesis difusionistas tradicionales que consideraban estos materiales como un ajuar exclusivo de enterramientos individuales e “intrusivos” que suponen una total ruptura cultural con el anterior mundo funerario representado por los enterramientos colectivos. Los testimonios cantábricos, unidos a los numerosos hallazgos efectuados en los últimos años de cerámicas campaniformes en yacimientos de hábitat al aire libre o en cueva, o formando parte de enterramientos colectivos megalíticos, hipogeos o en fosa, chocan frontalmente con esa consideración de lo campaniforme como una “civilización” o “cultura” foránea que irrumpe de forma abrupta sobre las formas culturales de los grupos autóctonos. Por el contrario, esos datos respaldan una concepción, ya propuesta en su día por Bosch Gimpera (1945) y luego por otros investigadores de raigambre funcionalista, como Clarke (1976), Shennan (1976), Harrison (1980) y Sherratt (1987), más cercana a la de la “moda” o “estilo” nuevo que se agrega al sustrato cultural existente en el *continuum* del desarrollo histórico de las sociedades calcolíticas. Se debe admitir, en relación con lo anterior, una concepción de estos artículos como elementos plenamente integrados (aunque indudablemente singulares, por otra parte) en la cultura material de los grupos calcolíticos que habitaban la región.

2.5. Conclusiones. El campaniforme cantábrico: desagregación y adición

Recapitulando los puntos anteriores, proponemos una caracterización de la presencia campaniforme en el Cantábrico como un fenómeno de impacto limitado cuya introducción no supone una transformación ni, desde luego, conlleva una ruptura relevante de la cultura material preexistente, a la que se añade de una forma minoritaria y esporádica. La única categoría material para la que el fenómeno campaniforme parece significar algo más que una mera adición es la de los objetos metálicos que, si bien se incorporarían con anterioridad al repertorio industrial calcolítico (punzones, puñales con escotaduras, hachas planas más primitivas), experimentan un indudable auge en el ámbito del campaniforme, como demuestra el notorio incremento de manufacturas que toman ahora la forma de puñales de espigo y puntas foliáceas de tipo Palmela. En este sentido, la evidencia arqueológica

cantábrica vendría a ratificar la observación efectuada hace tiempo por Harrison (1974) en cuanto a que tales tipos de instrumentos metálicos, nacidos como manifestaciones genuinamente campaniformes, se desgajaron en su propagación de este “complejo” material (de sus componentes cerámicos), independizándose de él. Tal vez se deba interpretar en este mismo sentido la aludida disgregación de los diferentes elementos del “equipo” campaniforme detectada en la región.

Somos partidarios, así pues, de una concepción de lo campaniforme cercana a la de una “moda” relativa al ámbito industrial, primero exclusivamente cerámica y luego inclusiva de otras manifestaciones metálicas y ornamentales, muy extendida en el espacio y, seguramente, también en el tiempo. Su expansión respondería a la necesidad de satisfacción de ciertas necesidades de los grupos humanos calcolíticos, adscribibles al ámbito de lo social y ya existentes con antelación, con un significado hoy casi opaco a nuestros ojos pero entonces conocido y compartido en los muy distintos ámbitos geográficos por los que se extendió este singular fenómeno. Al esclarecimiento de ese significado dedicamos el capítulo siguiente.

3. Dimensiones socioeconómicas y culturales del campaniforme en el Cantábrico

El sistema económico implantado en la región cantábrica durante el Calcolítico se define por un modelo de autosubsistencia de base agropecuaria y escala comarcal (Ontañón 2001). Sin embargo, uno de sus aspectos más destacados es la existencia de una densa red de contactos intrarregionales que se traduce en la difusión por gran parte del territorio, de este a oeste y de norte a sur, de diversas elaboraciones entre las que destacan las cerámicas con decoraciones homogeneizadas bajo idénticas concepciones ideográficas. Las evidencias de interrelación no se limitan al ámbito interno de la Cornisa; antes bien, desbordan ampliamente ese marco geográfico y se proyectan con fuerza hacia el exterior. Existen indicios de interacción con las regiones vecinas y, a través de éstas, con otras más alejadas, que pueden concretarse –hasta donde nos es posible– en cuatro focos principales: el noroeste peninsular, la Meseta septentrional, el Valle del Ebro y el sur de Francia. La presencia en la región cantábrica de diversas materias primas exóticas y objetos manufacturados netamente foráneos, o la

propia adquisición de ciertos conocimientos tecnológicos o ideográficos en general apuntan indefectiblemente a su llegada por alguna de esas vías. Y entre tales manifestaciones ocupan un lugar destacado los diferentes componentes del “complejo” campaniforme.

La documentación de ese variado repertorio permite considerar a la Cornisa Cantábrica, un estrecho y accidentado corredor aparentemente marginal encerrado entre una abrupta cordillera y el mar, como un territorio que participa activamente en las corrientes de circulación de bienes e ideas establecidas a escala peninsular y europea durante el Calcolítico. Indicios como la escasa penetración y la desmembración de los componentes del “equipo” campaniforme o la relativa rareza de los elementos indudablemente exóticos (tanto en lo que se refiere a materias primas como a objetos manufacturados) apuntan sin embargo a una necesaria relativización de la importancia de tales corrientes de interacción y de su papel en el sistema socioeconómico del Calcolítico cantábrico; o tal vez indican los verdaderos límites de la escala de este sistema. En cualquier caso, su sola constatación requiere ya ser explicada, y en la búsqueda de argumentos interpretativos la evidencia disponible parece señalar hacia una instancia concreta de la estructura socioeconómica: la de las relaciones de producción y reproducción social.

No cabe dudar de la vinculación existente en el Calcolítico cantábrico entre metalurgia e interacción económica (Ontañón 2001). Parece que la producción de mineral de cobre en el Cantábrico occidental –más ampliamente, en el Macizo asturiano– sobrepasó con creces ya durante el Calcolítico las aparentes necesidades de abastecimiento regional, generando unos excedentes cuya razón de ser podría residir en su exportación con vistas a satisfacer la demanda generada en áreas metalúrgicas vecinas deficitarias en fuentes de materia prima, como los activos focos transformadores ubicados en Galicia y también en la cuenca central de la Submeseta Norte (Blas 1989; Delibes *et al.* 1995; *Cfr.* Comendador 1997). Ello implica el establecimiento de una dinámica de transacciones entre esas zonas que podría explicar, al menos en parte, los vínculos detectados desde los primeros tiempos metalúrgicos y anteriormente apuntados. Relaciones que continuarán intensificándose en momentos posteriores, contribuyendo a la construcción de la comunidad cultural conocida como “Bronce atlántico”. Es también la metalurgia el principal argu-

mento interpretativo con que contamos para explicar las manifestaciones de interacción observadas entre el Cantábrico oriental y el Alto Ebro, que hacen evidente la existencia en esta zona de fluidas conexiones entre una y otra vertiente de la alineación montañosa que cierra por el sur la Cornisa Cantábrica (formación que desciende aquí a sus cotas más bajas, propiciando el tránsito norte-sur como en ningún otro punto de su recorrido). Las evidencias disponibles a este respecto son abundantes y variadas: la introducción restringida a esta área de ciertos elementos como los campaniformes “antiguos” y otros objetos de raigambre transpirenaica, que no sobrepasan en su expansión hacia el oeste, en muchos casos, los límites guipuzcoanos; su mucha mayor riqueza en objetos ornamentales respecto a la zona occidental (cuyos contingentes, en términos absolutos, multiplica por más de 30); la presencia de un grupo metálico de acusada personalidad caracterizado por su alto contenido en níquel, que abarca, en lo que conocemos, el territorio cantábrico del País Vasco y las tierras vascas y riojanas al sur de la divisoria de aguas hasta la comarca camerana (Valdés 1989; Montero y Rodríguez de la Esperanza 1997).

Parece posible, entonces, considerar a la primera metalurgia cantábrica como una actividad verdaderamente dinamizadora de la economía regional y estrechamente relacionada con el progreso de activos procesos de interacción con otras áreas peninsulares. Falta por esclarecer, sin embargo, la imbricación de esa actividad y de los procesos por ella supuestamente promovidos en el sistema económico antes caracterizado. En otras palabras, definir la relación existente entre tales operaciones de producción e intercambio intra y extrarregional y el modelo de subsistencia que las sustenta.

Un indicio muy significativo a este respecto viene de la consideración funcional de los elementos implicados en el entramado transaccional: todos ellos pertenecen a la categoría de lo que cabría considerar objetos suntuarios o, al menos, no directamente funcionales; en ningún caso relacionados con la esfera productiva. Otra valiosa pista, directamente relacionada con la anterior, reside en la observación de sus contextos de aparición, casi exclusivamente funerarios. Aun aceptando el inevitable sesgo metodológico que supone la consideración de una serie de materiales concretos que seguramente se corresponden con los más “visibles” en el registro arqueológico, tal vez sea acertado relacionar esos movimientos de transacción, al pare-

cer desvinculados del ámbito directo de la economía de subsistencia (así como el supuesto sostén de su funcionamiento, la metalurgia), con aspectos asociados a la esfera “social”, esto es, al ámbito de las relaciones de producción y reproducción social, en estrecha interacción con el nivel superestructural.

En las líneas que siguen trataremos de desarrollar este argumento siguiendo las pistas arriba anunciadas. Se organiza así la exposición en dos apartados correspondientes a sendas variables de análisis aplicadas al registro arqueológico regional: la distribución de materiales singulares y las prácticas funerarias.

3.1. El papel de los elementos campaniformes en la distribución regional de materiales singulares durante el Calcolítico cantábrico

Entre los restos materiales de las sociedades primitivas encontramos una serie de objetos que no parecen apropiados para funciones productivas. No satisfarían, así, requerimientos de naturaleza utilitaria o funcional, a diferencia de las manufacturas asociadas a la subsistencia. En cambio, sí parecen poseer otro tipo de valor como demuestra, en parte, su elevada concurrencia en la esfera de los intercambios y en el ámbito sepulcral. Se trata de los comúnmente denominados bienes “de prestigio” u objetos “suntuarios” o “de aparato” (3).

El registro arqueológico de la zona occidental del Cantábrico, la más rica en fuentes de materia prima cuprífera, es aparentemente el más pobre en los primeros tiempos de la metalurgia, excepción hecha de las propias manufacturas metálicas. Ofrecería, asimismo, pocos indicios de interacción extrarregional, aunque existen pruebas fidedignas de contactos entre diferentes áreas del centro-oriente de Asturias que implican, directa o indirectamente, circulación de materiales metálicos en distintos momentos del Calcolítico / Primera Edad del Bronce: el hacha plana del dolmen de Cullucaba (Blas 1983), muy cerca del Aramo, los materiales metálicos de las cuevas sepulcrales de la costa y, sobremanera, depósitos como el de Gamoneu (Blas 1980). También existen testimonios que sugieren el

(3) O, mejor, de elevado «valor primordial» o «valor intrínseco adscrito» según la definición dada por Renfrew (1986), siendo aquél el que es considerado como intrínseco en un determinado contexto cultural.

establecimiento de contactos entre esa zona y otras más alejadas hacia el oeste y suroeste, y también en dirección contraria. Entre los primeros recordamos la punta Palmela de Peña Ubiña (Blas 1991-1992), el hacha perforada de Maraviu (Blas 1973) o el anillo de oro de la Mata'1 Casare (Blas 1994); entre los segundos, la gran dispersión de cerámicas inciso-impresas con un mismo patrón decorativo o el hallazgo de varios colgantes-placa en cuevas sepulcrales de Cangas de Onís (Ontañón 2001).

En la zona centro-oriental existen numerosas evidencias del establecimiento de contactos con territorios situados, en ocasiones, allende las regiones colindantes, relaciones que parecen desarrollarse a lo largo de todo el período calcolítico y continuar en momentos subsiguientes de la Edad del Bronce (siempre en uso de la terminología periodizadora convencional). Con el horizonte calcolítico precampaniforme del suroeste de la Submeseta norte (y, desde aquí, con la Estremadura portuguesa) vinculan a esta zona ciertos objetos de adorno, como los botones óseos con apéndices laterales y orificio simple (en las cuevas de El Castillo en Cantabria y Kobeaga en Vizcaya), las plaquitas óseas con escotaduras laterales, el empleo ornamental del marfil (ambos documentados en el mismo contexto, el nivel 3 de Pico Ramos) y la variscita (que tiene allí una de sus principales fuentes de suministro a escala peninsular); también primigenios tipos metálicos como los puñales con escotaduras laterales (en las cuevas cántabras de El Juyo y El Castillo). Otro elemento común con esa área es la decoración cerámica de pastillas repujadas. En tiempos subsiguientes, encuadrables entre el Calcolítico avanzado y el Bronce antiguo, los vínculos normeses se explicitan, por supuesto, en las cerámicas campaniformes, y también en las decoraciones inciso-impresas; asimismo, en algunas relevantes elaboraciones metálicas más evolucionadas, como los puñales que combinan en su sistema de empuje espigo y remaches o las alabardas del tipo más arcaico (ambos tipos representados en el hallazgo de El Gumial (Escortell 1973). Tal concurrencia de elementos singulares parece indicar la existencia durante todo el Calcolítico de una o varias vías de contactos a través de la Meseta castellana que, rebasando las alturas de la Cordillera, habrían puesto en comunicación nuestra región con áreas más meridionales, especialmente del centro-oeste peninsular. A través de estas rutas los pobladores del Cantábrico habrían accedido a la adquisición de elementos ornamentales y quizá también al cono-

cimiento de relevantes novedades tecnológicas ya implantadas en esas zonas en tiempos calcolíticos antiguos, como la propia metalurgia. Las conexiones en sentido longitudinal se ponen de manifiesto principalmente en la expansión de las decoraciones inciso-impresas en la cerámica (que parece declinar en la provincia guipuzcoana) y del "metal campaniforme" en su acepción morfotipológica (puntas de tipo Palmela, puñales de lengüeta). Se observan, además, indicios de dinámicas relaciones "internacionales", como delata la presencia en los ricos ajuares funerarios de elementos claramente foráneos, de origen probablemente transpirenaico (cerámica campaniforme "internacional"; colgantes y cuentas de variadas tipologías, algunos con el peculiar sistema de perforación en V; empleo de oro laminado).

Parece pues posible plantear la existencia en el Calcolítico cantábrico de corrientes de interacción a dos niveles o escalas: un nivel intrarregional, que contempla el tráfico entre comarcas vecinas a lo largo de la Cornisa, y una escala extrarregional, que incluye movimientos de "mercancías" entre aquella y las regiones limítrofes al oeste, sur y este. Podría aventurarse, en este sentido, una cierta independencia entre ambos extremos de la Cornisa cantábrica en cuanto al establecimiento de contactos con las áreas respectivamente colindantes, como demuestra la introducción diferencial y limitada a cada uno de ellos de ciertos tipos o "complejos" de materiales: elementos "atlánticos" por el oeste y suroeste, y "centroeuropeos" y "mediterráneos" por el este. No obstante, la penetración y difusión a lo largo del territorio cantábrico de ciertos elementos como las hachas planas más arcaicas, los colgantes-placa en hueso o piedra, las cerámicas incisas y los diferentes componentes del "equipo" campaniforme, demuestran la permeabilidad del espacio regional, su homogeneidad cultural y su integración en las mismas redes de contactos.

Esas pautas de intercambio intrarregional resultan altamente sugerentes desde una perspectiva socioeconómica y, sobre todo, su comparación con el modelo observado en las áreas de las que, seguramente, proceden esos productos dotados de un elevado "valor primario".

Como ya se ha dicho, y siguiendo ahora a Gilman (1981), parece factible implicar esa circulación de materiales (especialmente los vinculados al ámbito campaniforme) en el desarrollo de circuitos de tráfico de bienes de gran escala y que pue-

den considerarse vinculados a una diferenciación de rango social –a una élite–. Esta hipótesis presuponía que el significado simbólico de tales elementos de la cultura material, formalmente uniformes y ampliamente difundidos, era compartido por todos sus beneficiarios, de donde se seguiría la integración de la Cornisa en una red de intercambios entre grupos sociales dominantes pacíficamente interrelacionados. Resulta más difícil, sin embargo, explicitar la forma concreta que adquirieron tales vínculos inter e intragrupal. La homogeneidad morfológica de los objetos circulantes en momentos calcolíticos avanzados indica en efecto una manifiesta estandarización tanto de su fabricación como de su significado simbólico, lo que implicaría la extensión en las diferentes áreas incluidas en ese tráfico de una formación económico-social dotada de una cierta estabilidad. En esta misma dirección apunta la propuesta de Wason (1994: 113) en cuanto a que “una región donde hay poca variación de los marcadores de estatus representa, bien la extensión geográfica de una misma sociedad o, si está compuesta por diferentes agrupaciones sociales, de unas cuyas élites están en contacto significativo, pero no en competición”. Esta hipótesis se ajusta bien al caso cantábrico, donde a una escasa variabilidad (o al menos, a una falta de diferencias llamativas) en los objetos no utilitarios y dotados de un alto “valor primordial” se añade una considerable homogeneidad en el inventario general de objetos instrumentales (tanto en las industrias líticas como en las óseas y las cerámicas “comunes”) (Ontañón 2001).

Sin embargo, asumir a partir de las evidencias del registro material del Calcolítico cantábrico la existencia de una comunidad simbólica y, de aquí, sociopolítica, dentro de un ámbito más amplio, extrarregional, presenta algunos problemas. El examen de la distribución geográfica de objetos aislados no puede dar cuenta de tales cuestiones, que se hacen explícitas en la consideración de aspectos contextuales ya comentados; y la disociación de los distintos integrantes del “complejo” campaniforme constituye el testimonio más concluyente al respecto. Esa descomposición del clásico “equipo” campaniforme contrasta vivamente con la coherencia que alcanza en el horizonte calcolítico avanzado de la región que se extiende desde el piedemonte meridional de la Cordillera, donde esa manifestación cultural alcanza su más alta expresión a escala peninsular e incluso europea. En espléndidos contextos funerarios como los enterra-

mientos individuales en fosa de Fuente-Olmedo, Villabuena del Puente o Villaverde de Iscar (Delibes 1977; Martín y Delibes 1989; Delibes *et al.* 1995) queda configurado el conjunto estándar del campaniforme avanzado, compuesto por las tres canónicas formas cerámicas y las armas y adornos acompañantes. En su tránsito norteño desde el Duero y el Alto Ebro, a través de los pasos de la Cordillera, este “paquete” instrumental se disgrega en sus distintos elementos, que aparecen aquí individualizados en contextos que, normalmente, no cuentan con más indicios de la presencia de ese complejo material. Parece indudable, así, que en su trayecto hacia el norte el campaniforme como fenómeno de la cultura material y, consiguientemente, como entidad simbólica significativa de un determinado tipo de formación social, pierde en gran medida su coherencia adaptándose a unas circunstancias que necesariamente han de ser diferentes a las de las campiñas meridionales del valle del Duero, y que caracterizarían precisamente al Cantábrico como un área diferenciada de la anterior (4). Si se pone en relación esa evidencia de interacción de ámbito interregional con el modelo de tráfico comercial anteriormente propuesto, y a la vista de las aparentes diferencias de índole socioeconómica existentes entre una y otra zona, cabría sugerir que nos encontramos ante un régimen de intercambios establecido entre formaciones sociales diferenciadas en su escala y, posiblemente, en su grado de “complejidad”. Dando un paso más en esta línea argumental no sería desatinado plantear que la fragmentada trasposición de la Cordillera por el “complejo” campaniforme refleja la existencia de unas relaciones de intercambio “desigual” entre la Cornisa Cantábrica y las regiones más meridionales, que podrían significar la existencia de una cierta desigualdad socioeconómica ¿tal vez política? entre una y otra área. Esta eventual “subordinación” se plasmaría en la aculturación de unas élites emergentes a través de la importación fraccionaria o de la imitación sobre materias primas locales de una serie de bienes considerados valiosos y, por tanto, deseados, en un fenómeno de emulación de los ricos “régulos” mesetieños (según término utilizado en Martín y Delibes 1989: 87).

(4) El mismo fenómeno se podría inferir, aunque en un grado considerablemente menor, para el campaniforme de otras regiones normesetieñas, como el documentado en los megalitos salmantinos, que se integra en un patrón de enterramiento colectivo más parecido al predominante en el Cantábrico (Delibes y Santonja 1986 y 1987 (véase *infra*)).

3.2. Los componentes campaniformes en las prácticas funerarias del Calcolítico cantábrico

3.2.1. Algunos contextos representativos

Los hábitos funerarios del Calcolítico cantábrico se hacen explícitos en algunos contextos especialmente significativos tanto por la relevancia de sus depósitos como por haber sido excavados recientemente, ofreciendo, así, una información altamente fiable. En las dinámicas sepulcrales evidentes en todos ellos están implicados, como elementos especialmente activos, distintos componentes del “complejo” campaniforme.

Un ejemplo destacado es el nivel 3 de la secuencia documentada en la cueva de Pico Ramos (Zapata 1995). Sus más de 11000 restos antropológicos, correspondientes a un número mínimo de 104 individuos, formaban junto al ajuar, en una matriz sedimentaria casi inexistente, un estrato poco potente y considerablemente alterado. No obstante lo anterior, evidencias como los contados casos de conexiones anatómicas, la coherencia estratigráfica de las series radiocarbónica y polínica y la comprobación de tendencias claras en la distribución vertical de las distintas clases de objetos acompañantes permiten reconstruir la estructura original del depósito o, al menos, de sus integrantes materiales. En el paquete sepulcral se distinguen, así, dos subniveles: la base y la mitad superior. Aquí se incluye la mayor parte de la industria lítica, la práctica totalidad de la industria cerámica, cuentas de piedra pulida, colgantes-placa, dos piezas metálicas y varios botones prismáticos (estas últimas categorías, inclusivas de los elementos relacionables con el “complejo” campaniforme). Tal diferenciación sería resultado de un proceso de cambio diacrónico en los elementos del ajuar funerario, que progresaría al compás de una actividad inhumadora prolongada, aparentemente, a lo largo de casi un milenio, desde momentos asignables en la periodización convencional al Neolítico final/Calcolítico antiguo hasta una fase avanzada de ese período.

Pico Ramos constituye un excelente testimonio acerca de los procesos de formación de los enterramientos colectivos, resultantes del uso de un espacio mortuorio durante cientos de años a lo largo de los cuales se van depositando cadáveres de un modo sucesivo. No disponemos de pruebas que indiquen la existencia de algún episodio de inhumación múltiple simultánea (que habría que achacar a alguna calamidad natural o antrópica). Antes al

contrario, hay que pensar en un lento proceso de acumulación de restos en un espacio común, del que ignoramos su periodicidad y sus pormenores cuantitativos. Este carácter adicional es el que verdaderamente define a los enterramientos colectivos, que lo son por tener como marco un espacio compartido. Supone la dilatada continuación de unos usos funerarios ancestrales tanto en cuanto al ritual implicado como al lugar de inhumación, reflejando la evolución morfotécnica de los ajuares el progreso en la cultura material de los grupos que entierran así a sus difuntos durante generaciones. Una persistencia que parece traslucir la inexistencia de importantes cambios culturales o poblacionales en el tiempo en que tales modos mortuorios se prolongan.

El caso de la cueva guipuzcoana de Urtao II (Armendariz 1989) puede considerarse, en gran medida, análogo. El inicio de la actividad sepulcral tuvo lugar en la galería sur de esta cavidad en momentos neolíticos avanzados, conformando la acumulación sucesiva de cadáveres, con el tiempo, un enterramiento de tipo colectivo (número mínimo de individuos; N.M.I.= 42). Al igual que en Pico Ramos, ya en los compases finales del uso de este espacio como recinto funerario tiene lugar la introducción de objetos de metal (dos puñales de espigo), que acompañarían a las últimas inhumaciones practicadas (Fig. 5).

Hay que tener presente, no obstante, el problema irresoluble que plantean estos contextos de inhumación múltiple en cuanto a la vinculación de los componentes del ajuar con los individuos representados por numerosos y normalmente revueltos restos osteológicos. El ejemplo que sigue viene a arrojar algo más de luz sobre este asunto.

En el dolmen de Larrarte (Mujika y Armendariz 1991) se ha documentado un conjunto funerario que, en sus rasgos generales, podría considerarse un típico enterramiento colectivo. Sin embargo, el cuidadoso examen de la distribución espacial de los restos osteológicos y materiales, y la disposición de los cadáveres y ajuares que de ella se infiere, dota a este depósito de una elevada potencialidad explicativa. Dentro del pequeño recinto cameral se extendía una capa superficial de unos 10 cm de potencia con abundantes huesos humanos muy deteriorados, correspondientes al menos a 12 individuos. Durante su excavación se observó una marcada diferencia en la densidad de restos osteológicos entre la parte meridional, mucho más rica, y la septentrional, considerablemente más pobre. Aquí

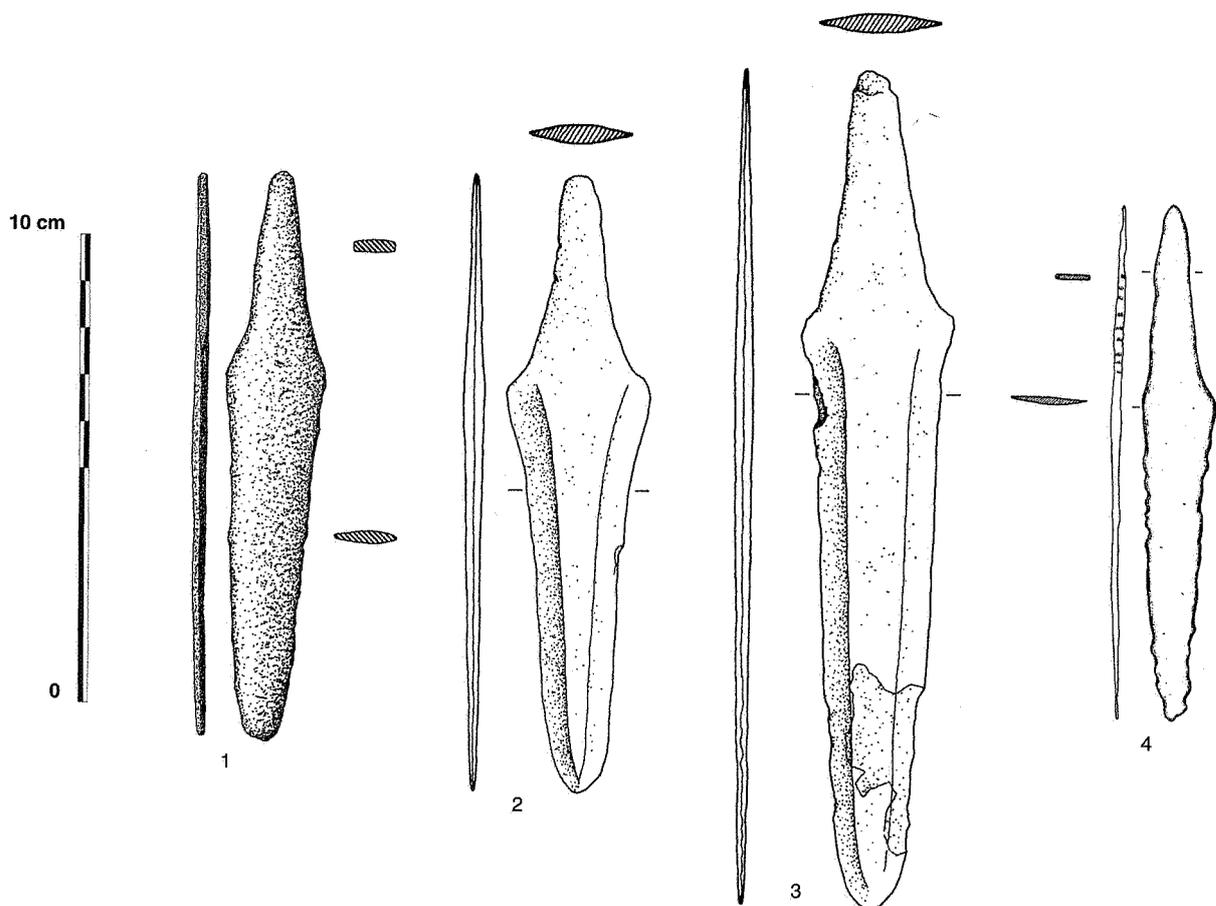


Fig. 5. Puñales de espigo del sector oriental de la Cornisa. 1: Atxuri, Vizcaya (según Arias 1989), 2-3: Urtao II, Guipúzcoa (según Armendariz 1989), 4: Aitzbitarte IV, Guipúzcoa (según Apellániz 1973).

se documentó, precisamente, la única conexión anatómica del depósito, constituida por el tronco de un individuo en posición de decúbito supino (Fig. 6). Esta desigual repartición de los restos se achaca a la propia dinámica de la actividad funeraria, y encuentra su explicación en un apartamiento de los huesos cuya finalidad fue despejar el espacio sepulcral para la introducción de una postrera inhumación. La correlación espacial detectada entre ese cuerpo aislado y en posición y los materiales considerados más recientes de todo el ajuar, refuerza esta interpretación: varias decenas de fragmentos de un vaso campaniforme con decoración cordado-imprsa se concentraban en el ángulo noroeste de la cámara sepulcral, asociándose, por tanto, al último individuo inhumado. Esta evidencia, junto a la antigüedad de las fechas de “fundación” del monumento y otros indicios, llevan a los excavadores a plantear una secuencia de utilización del monumen-

to que comenzaría en tiempos neolíticos plenos y se extendería hasta avanzado el Calcolítico. Pero la fase postrimera de utilización de este sepulcro resulta especialmente reveladora, ya que implica no sólo la adición de una nueva inhumación, sino también una amplia remoción de los restos preexistentes con un propósito que parece superar meros afanes prácticos: más allá de la simple apertura de un hueco que hiciera posible la introducción de otro cuerpo más, se ha acondicionado un espacio suficientemente desahogado para individualizar perfectamente el cadáver en él depositado, diferenciación que se completa con la adición de un objeto tan singular —especialmente en el Cantábrico— como un vaso campaniforme. Parece posible concluir que el uso terminal de este recinto sepulcral significa —esta vez sí— un importante cambio en unos hábitos funerarios seculares. Cabría interpretar el cambio como la culminación de un proceso de

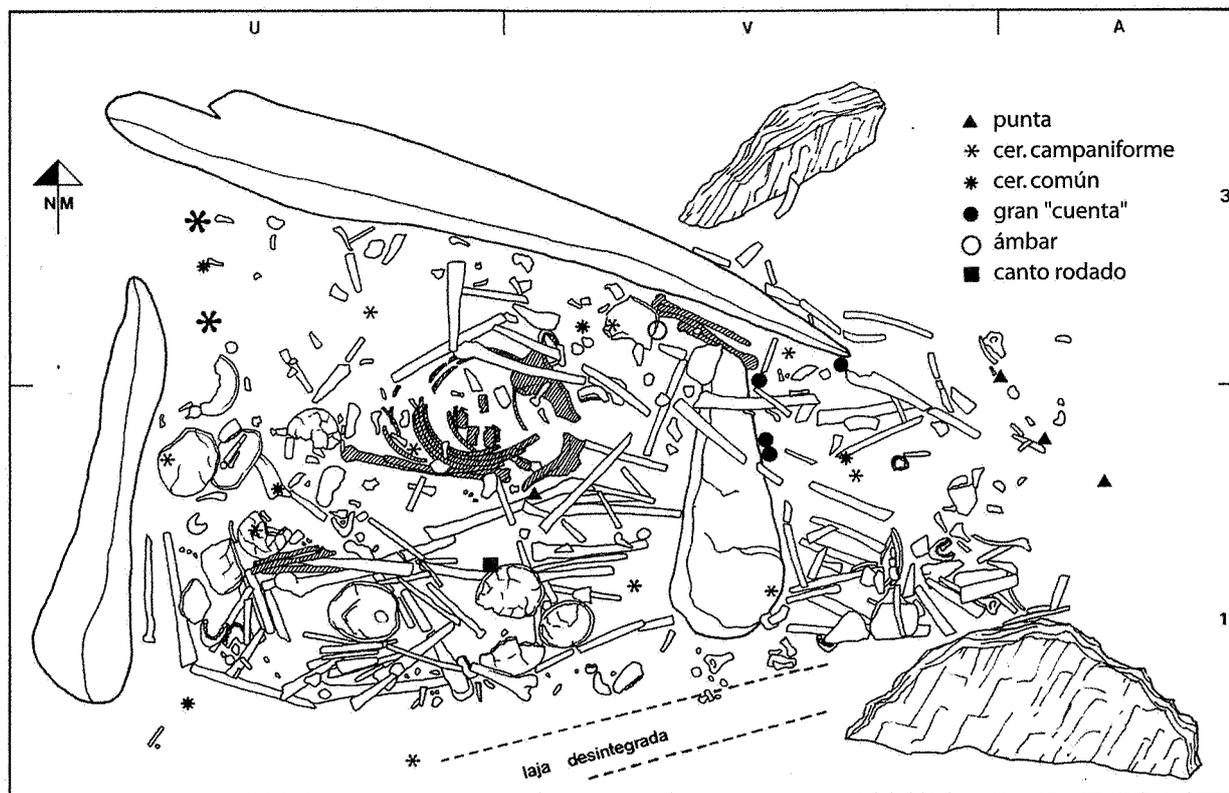


Fig. 6. Plano de la cámara del dolmen de Larrarte (Murumendi, Guipúzcoa). Los huesos en conexión, correspondientes al enterramiento individual campaniforme, se indican con trama rayada (según Mujika y Armendariz 1991).

transformación en el ritual mortuorio que parte de un modo de inhumación múltiple, sucesiva y aparentemente colectiva, vigente durante generaciones, y concluye con una pauta de enterramiento que, manteniendo el mismo espacio sepulcral, varía radicalmente la forma de su utilización.

Recapitulando las anteriores evidencias parece verosímil proponer que en el curso del Calcolítico Cantábrico los hábitos funerarios habrían experimentado una importante evolución. Una mudanza que se plasma en la continuidad de la utilización de ciertos espacios sepulcrales inaugurados en tiempos neolíticos acompañada, empero, por un cambio drástico en el uso mortuorio que se hace de ellos, es decir, en el ritual de inhumación practicado, que parece evolucionar de un modo aparentemente "colectivo" o indiferenciado a otro de carácter "individual" a través de la singularización de los inhumados. No parece ajeno a este proceso el hecho de que esa individualización de los difuntos se vea subrayada por la agregación de ajuares compuestos por objetos tan singulares como manufacturas metálicas y cerámicas y elementos ornamentales que, en

su diseño y/o materia prima, revelan la llegada a la región de innovaciones exógenas. Materiales de elevado "valor primario" que acompañan a enterramientos si no verdaderamente individuales cuando menos individualizados, cuya interpretación socioeconómica y cultural se ha bosquejado ya en el apartado anterior.

3.2.2. Análisis cualitativo y cuantitativo de los ajuares asociados

Una aproximación muy explotada por su probada utilidad consiste en considerar los ajuares funerarios desde un punto de vista cualitativo, esto es, en su naturaleza simple o compleja, en la rareza de las materias primas o de las características morfo-técnicas y decorativas de sus componentes, en la procedencia local o alóctona de éstos, en el esfuerzo necesario para su elaboración o adquisición, en resumen, en su mayor o menor singularidad y, de aquí, en su presumible "valor primordial". El estudio de la variabilidad cualitativa de los artefactos

depositados en los enterramientos es, de hecho, una de las principales fuentes de información en arqueología social (Lull y Estévez 1986, Lull y Pícazo 1989). Es obvio que bienes de esa naturaleza, caracterizados precisamente por su baja accesibilidad, no pudieron ser adscritos a todos los inhumados en un enterramiento colectivo; antes bien se concentrarían en torno a una minoría (a no ser que se acepte un improbable carácter comunal para esas ofrendas). Este planteamiento introduce una importante matización en la consideración de los conjuntos funerarios de ese tipo, debiéndose modificar radicalmente los presupuestos interpretativos si se admite la posibilidad de la existencia de diferencias en la "riqueza" de los enterrados: algunos podrían haber sido depositados sin aditamento alguno, o solamente con su indumentaria (que podría, no obstante, incluir algún adorno), mientras otros acumularían un ajuar más o menos rico tanto desde el punto de vista cuantitativo como cualitativo.

Entre los artículos a los que puede atribuirse un elevado "valor primario" o, dicho de otro modo, una elevada consideración por parte de las comunidades del Calcolítico cantábrico se encuentran, huelga reiterarlo, los componentes del "equipo" campaniforme. Los vasos cerámicos, armas metálicas y piezas de adorno y uso personal afiliados a ese ámbito son especies materiales de indudable "valor intrínseco adscrito" por su elevada calidad morfológica y, en el caso de las cerámicas, también decorativa (se distinguen perfectamente del resto en los conjuntos cerámicos en que se incluyen y pueden ser caracterizadas como componentes de una vajilla de lujo o "aparato"), por su procedencia extrarregional (como elementos importados o como imitaciones locales de patrones foráneos), su acusada escasez (que delata la restricción a su acceso y disponibilidad) y su asociación casi exclusiva a contextos funerarios (reflejo de una dominante simbólica en su significación).

Cabe recordar, en este sentido, la aparente detección en el Cantábrico de una tendencia significativa en la distribución de los distintos tipos cerámicos campaniformes entre las diferentes categorías locacionales, que vincularía los vasos cordados a contextos de habitación y los cordado-impresos e incisos a entornos funerarios. Es digno de destacar, a este respecto, que tanto los ejemplares de tipos considerados "antiguos" como los de las variedades "recientes" proceden en su práctica totalidad de conjuntos sepulcrales de enterramiento múltiple. Un contexto problemático en cuanto a la determi-

nación del número de inhumados, y precisamente uno de los más interesantes por haber proporcionado la asociación de materiales más ajustada al "canon" campaniforme, es el Abrigo del Cráneo. De hecho, aparte el caso dudoso de Pagobakoitza, es el único contexto cantábrico en el que se ha documentado fehacientemente la asociación de cerámica y elementos metálicos propios del equipo campaniforme "estándar": aquí se localizaron, desgraciadamente en circunstancias poco fiables, dos puntas metálicas de tipo Palmela, numerosos aunque diminutos fragmentos de campaniforme inciso-impreso, seguramente de una misma vasija (Fig. 2), dos puntas de sílex con pedúnculo y hombreras en sílex y un pitón de ciervo recortado, junto a otras industrias líticas y cerámicas, escasos restos de fauna y varios molares e incisivos humanos. Tales materiales corresponderían, en apariencia, a un enterramiento individual desmantelado. Puede plantearse, asimismo, la existencia de variabilidad en el ritual mortuorio asociado a los diferentes tipos de campaniformes, sustanciada en la dicotomía contextual que supone la vinculación del tipo cordado-impreso a monumentos megalíticos y de los incisos-impresos a entornos en cueva. Recordemos que esta tendencia parece manifestarse de igual modo en las manufacturas metálicas más directamente ligadas al "complejo" campaniforme: los puñales de espigo y las puntas de tipo Palmela.

Resulta muy sugerente, desde luego, el examen de esos depósitos desde el punto de vista cuantitativo en cuanto al número mínimo de individuos en ellos inhumados. No se debe olvidar, empero, los problemas inherentes a todos sus contextos de procedencia, derivados de su propia dinámica sepulcral y de las generalizadas alteraciones postdeposicionales. Así, mientras los contextos "fiables" que han ofrecido campaniformes de la variedad cordado-impresa podrían ser considerados más propiamente como enterramientos múltiples (19 individuos en Pagobakoitza, 12 en Larrarte), los que han proporcionado campaniformes inciso-impresos parecen caracterizarse como enterramientos con un número moderado de inhumados (5 en El Ruso y 1 en El Cráneo). El reparto de los vasos procedentes de cada depósito entre el respectivo N.M.I. muestra asimismo alguna tendencia interesante. Se resume en la tabla 3.

Las magnitudes observadas permiten establecer una nueva distinción entre los conjuntos con campaniformes cordado-impresos e inciso-impresos. Dejando aparte contextos cuyas cifras de N.M.I. ha-

	Nº	N.M.I.	RELAC.
El Cráneo	1	1	1
Trikuaizti I	1	1-2	1-0,5
Gorostiaran E	1	3	0,33
El Ruso	3	5;?	0,6
Larrarte	1	12	0,08
Pagobakoitza	1	19	0,05

Tab. 3. Relación entre el número de vasos campaniformes en contextos cantábricos y el N.M.I. de cada depósito.

cen sospechar de una distorsión a la baja en los datos causada por problemas de conservación (como Trikuaziti I y Gorostiaran E), esa diferenciación se basa en la detección de una desproporción mucho mayor entre inhumados y vasos cerámicos en los primeros, o, a la inversa, en un mayor ajuste entre ambos parámetros en los segundos (que alcanza su culmen en el caso del enterramiento individual). Dada la similitud general en la cantidad de vasos por depósito (un único ejemplar por contexto excepto en El Ruso), la causa de tal discrepancia reside en el mayor número de inhumados en conjuntos que contienen tipos mixtos, es decir, en su naturaleza más propiamente “múltiple”. Parece cierto, entonces, que la presencia en éstos de cerámicas campaniformes como ofrendas mortuorias es un fenómeno restringido y asociado a un número limitado de inhumados. Respondería, sin duda, a la misma pauta funeraria expresada –en un marco diferente– en los conjuntos hipogeos con campaniformes inciso-impresos, donde la reducción de individuos por espacio sepulcral (y la presencia de más de una vasija en uno de los casos), aumenta la *ratio* entre vasos y personas; relación que alcanzaría su “óptimo” en el enterramiento individual, donde un vaso con decoración inciso-impresa acompaña al único inhumado.

3.2.3. Conclusiones: los elementos campaniformes en las dinámicas funerarias del Calcolítico cantábrico

En vista de la evidencia arqueológica comentada en los párrafos precedentes, parece posible explicar la presencia de elementos campaniformes en contextos sepulcrales cantábricos como testimonio de la aportación de artículos de alto valor primario a modo de ofrendas funerarias asociadas a individuos concretos. Una práctica que responde a patrones de tratamiento diferenciado de los inhumados

y refleja la existencia de alguna clase de desigualdad social en el grupo que ha enterrado así a sus difuntos. La introducción de esta clase de manufacturas en momentos avanzados del Calcolítico cantábrico se integraría, así pues, en la fase más avanzada del hipotético proceso de transformación de las pautas funerarias hacia una individualización de los inhumados. Las disensiones detectadas en su distribución tipológica y contextual que, de aceptarse la hipótesis de una cierta prelación entre los diferentes tipos, podrían explicarse por factores cronológicos, señalarían hitos sucesivos de esa dinámica mortuoria: aunque la información radiocronológica disponible no permite inferir con absoluta seguridad la antelación de los tipos cordados y cordado-impresos respecto a los incisos (5), la correspondencia entre campaniformes “antiguos”/contextos megalíticos y “recientes”/espacios hipogeos sí resulta coherente con la evidencia de evolución diacrónica en el uso de los contextos funerarios documentada en el Calcolítico cantábrico (Ontañón 2001). Un proceso que consiste en la progresiva dilución de la dicotomía funeraria cuevas / megalitos surgida en el Neolítico avanzado en favor de la primacía de los espacios hipogeos (los cuales seguirán siendo intensamente utilizados mucho después de la disfuncionalización de los monumentos megalíticos). En este contexto, los vasos con decoraciones cordado-impresos actuarían como selectos elementos de ajuar ofrendados a los últimos individuos introducidos en seculares depósitos megalíticos de inhumación múltiple, mientras los vasos incisos acabarían participando como lujosos complementos de enterramientos hipogeos individuales.

Excede con mucho los propósitos de este trabajo determinar y explicar los procesos de transformación socioeconómica y cultural que subyacen a tales manifestaciones de variabilidad sepulcral, inscribibles en el ámbito más amplio de una corriente general de cambio en el comportamiento funerario en la que participan activamente, aunque con las peculiaridades ya señaladas, los elementos del “complejo” campaniforme. Este proceso de cambio se resume en la combinación de varias tendencias evolutivas (esto es, no una sucesión de pasos excluyentes sino una progresión de corrientes mortuorias sujetas a distintas continuidades, arritmias y solapamientos):

(5) Véase, p.ej., Apellániz 1974: 124-126; Barandiarán 1975 y 1978; Delibes 1978; Harrison 1988; Blasco *et al.* 1994: 109-110; López de Calle y Pérez Arrondo 1995.

1. Un cambio progresivo en la localización y tipo de contexto funerario predominante, de los monumentos megalíticos a los espacios hipogeos.

2. Un proceso de reducción del número de inhumados por unidad sepulcral, desde los enterramientos "colectivos" o múltiples hasta las sepulturas individuales.

3. Una transformación de doble signo, cualitativa y cuantitativa, en el repertorio material de los ajuares sepulcrales, tendente hacia una "condensación" de valor intrínseco adscrito en los objetos ofrendados, y a una proliferación de éstos.

En la lógica materialista que hemos adoptado como guía de nuestro trabajo y, más en concreto, para tratar de entender en el marco cantábrico la coexistencia de enterramientos megalíticos e hipogeos, el gradual desequilibrio de la balanza funeraria en favor de los segundos y en detrimento de los primeros debe ser entendido en el marco de una serie de transformaciones socioeconómicas que culminarían en la disfuncionalización simbólica de las estructuras megalíticas. Tales cambios sobrevendrían, al menos en parte, como consecuencia de la definitiva "colonización" y la generalizada puesta en explotación de los terrenos altos de la región, acompañadas de un cambio en las pautas sociales que ordenaron ese aprovechamiento: desde un usufructo comunal o de base parental, materializado en la erección de las necrópolis megalíticas, hasta una tenencia restrictiva de base patrimonial (familiar o individual) sugerida en las ulteriores utilidades sepulcrales de los megalitos, aparentemente individuales. Al final de este proceso las zonas de montaña no perderán, sin embargo, su inveterada componente simbólica, que encuentra ahora una sugerente plasmación en diversas representaciones rupestres antropomórficas a veces acompañadas de armas.

Las dos últimas corrientes de variación mortuoria arriba apuntadas pueden considerarse, desde luego, testimonios de alto valor probatorio en cuanto a la constatación de la existencia de un proceso de transformación social en la zona más septentrional de la Península durante el Calcolítico; cuando menos, en su incuestionable concurrencia significativa como manifestaciones de un fenómeno de cambio ideológico de carácter dual consistente en el desplazamiento del peso simbólico desde la esfera comunitaria a la individual, acompañado de una intensificación en la acumulación y ostentación personal de riqueza.

AGRADECIMIENTOS

A Ángel Armendariz por su revisión del texto y sus enriquecedoras observaciones; a L.C. Teira Mayolini por su preciosa ayuda en la parte gráfica.

BIBLIOGRAFÍA

- ALDAY RUIZ, A. 1988: "Bases para un estudio del campaniforme en el País Vasco". *Veleia* 5: 107-114.
- 1995: "Reflexiones en torno al campaniforme. Una mirada hacia el caso vasco". *Zephyrus* XLVIII: 143-186.
 - 1996: *El entramado campaniforme en el País Vasco. Los datos y el desarrollo del proceso histórico*. Anejos de *Veleia*, Series maior 9.
- ALTUNA, J.; ARMENDARIZ, A.; BARRIO, L. del; ETXEBERRIA, F.; MARIEZKURRENA, K.; PEÑALVER, X. y ZUMALABE, F.J. 1990: *Carta arqueológica de Guipúzcoa. I. Megalitos*. *Munibe* Suplemento nº 7.
- APELLÁNIZ, J.M. 1973: *Corpus de materiales de las culturas prehistóricas con cerámica de la población de cavernas del País Vasco meridional*. *Munibe* Suplemento nº 1.
- 1974: *El Grupo de Los Husos durante la Prehistoria con cerámica*. Diputación Foral de Álava. Vitoria. Estudios de Arqueología Alavesa 7.
 - 1986: "Avance a la XIV campaña de excavaciones arqueológicas en la cueva de Arenaza I (S. Pedro de Galdames, Vizcaya). 1985". *Kobie* 15 1985/86: 250-252.
- APELLÁNIZ CASTROVIEJO, J.M. y NOLTE y ARAMBURU, E. 1969: "Excavación, estudio y datación por el C14 de la cueva sepulcral de "Kobeaga" (Ispaster, Vizcaya)". *Noticiero Arqueológico Hispánico* X XII. 1966-1968: 22 50.
- ARANZADI, T. de; BARANDIARÁN J.M. de y EGUREN, E. de 1919: "Exploración de seis dólmenes de la Sierra de Aizkorri". *Euskalerriaren Alde VIII*. Reed. en J.M. de Barandiarán. *Obras Completas VII. Vasconia Antigua*. Tras las huellas del hombre (I). La Gran Enciclopedia Vasca. Bilbao. 1975: 251-339.
- ARMENDARIZ, A. 1988: "Vaso campaniforme cordado de la cueva de Amalda II (Cestona, Guipúzcoa)". *Munibe (Antropología-Arqueología)* 40: 83-88.
- 1989: "Excavación de la cueva sepulcral Urtao II (Oñate, Guipúzcoa)". *Munibe (Antropología - Arqueología)* 41: 45-86.
- BARANDIARÁN, I. 1975: "Revisión estratigráfica de la cueva de La Mora (Somaén, Soria). 1968". *Noticiero Arqueológico Hispánico. Prehistoria* 3: 9 71.
- 1978: "La Atalayuela: fosa de inhumación colectiva del Eneolítico en el Ebro Medio". *Príncipe de Viana* 152 153: 381 422.
- BLAS CORTINA, M.A. de 1973: "Un hacha de combate de

- tipo nórdico de Teverga (Asturias)". *Ampurias* 35: 217-220.
- 1980: "El depósito de materiales de la Edad del Bronce de Gamonedo (Asturias)". *Zephyrus* XXX-XXXI: 268-276.
 - 1983: *La Prehistoria Reciente en Asturias*. Estudios de Arqueología Asturiana nº 1. Fundación Pública de Cuevas y Yacimientos Prehistóricos de Asturias. Oviedo.
 - 1987: "Los primeros testimonios metalúrgicos en la fachada atlántica septentrional de la Península Ibérica". En *El origen de la metalurgia en la Península Ibérica. II*. Seminario organizado por la Fundación José Ortega y Gasset (Oviedo 1987). Instituto Universitario José Ortega y Gasset Universidad Complutense de Madrid: Madrid: 66-100.
 - 1989: "La minería prehistórica del cobre en las montañas astur-leonesas". En C. Domergue (coord.): *Minería y metalurgia en las antiguas civilizaciones mediterráneas y europeas* I. Ministerio de Cultura. Madrid: 143-152.
 - 1991-1992: "Nuevos testimonios metalúrgicos de la Edad del Bronce en el centro-occidente de la región cantábrica". *Veleia* 8-9: 109-137.
 - 1994: "El anillo áureo de tiras de la Mata'l Casare I y su localización megalítica". *Madrider Mitteilungen* 35: 107-122.
- BLASCO, M^a.C.; SÁNCHEZ CAPILLA, M^a.L.; MILLÁN, A.; ARRIBAS, J. y GUTIÉRREZ, C. 1994: "Capítulo IV. La cerámica". En M^a.C. Blasco (ed): *El horizonte campaniforme de la región de Madrid en el centenario de Ciempozuelos*. Patrimonio arqueológico del Bajo Manzanares / 2. UAM. Madrid: 101-136.
- BOSCH GIMPERA, P. 1945: *El poblamiento antiguo y la formación de los pueblos de España*. Imprenta Universitaria. México. Reed. en *Paletnología de la Península Ibérica. Colección de trabajos sobre los Celtas, Iberos, Vascos, Griegos y Fenicios*. Akademische Druck u. Verlagsanstalt. Graz. 1974.
- 1971: "Tipos y cronología del vaso campaniforme". *Archivo Español de Arqueología* 44 N^{os} 123 y 124: 3-37.
- CLARKE, D.L. 1976: "The Beaker network - social and economic models". En J.N. Lanting & J.D. van der Waals (redact.): *Glockenbecher Symposium* (Oberried 1974). Fibula-Van Dishoeck: Bussum/Haarlem: 459-476.
- COMENDADOR REY, B. 1997: "La primera producción metálica del Noroeste Peninsular". En R. de Balbín Behrmann y P. Bueno Ramírez (eds.): *Actas del II Congreso de Arqueología Peninsular* (Zamora 1996). II - Neolítico, Calcolítico y Bronce. Zamora: 509-516.
- DELIBES DE CASTRO, G. 1977: *El vaso campaniforme en la Meseta Norte española*. Studia Archaeologica 46. Valladolid.
- 1978: "Carbono 14 y fenómeno campaniforme en la Península Ibérica". En M. Almagro Gorbea y M. Fernández-Miranda (eds.): *C-14 y Prehistoria de la Península Ibérica*. Serie Universitaria 77. Fundación Juan March. Madrid: 83-94.
 - 1983: "El País Vasco encrucijada cultural en el inicio del Bronce Antiguo (s. XVIII a. de C.)". Serie Arqueología nº 9. *Varia* II.: 131-164.
- DELIBES DE CASTRO, G.; HERRÁN MARTÍNEZ, J.I.; SANTIAGO PARDO, J. de y VAL RECIO, J. del 1995: "Evidence for Social Complexity in the Copper Age of the Northern Meseta". En K.T. Lillios (ed.): *The Origins of Complex Societies in Late Prehistoric Iberia*. Archaeological Series 8. International Monographs in Prehistory. Ann Arbor: 44-63.
- DELIBES, G. y MUNICIO, L. 1981: "Apuntes para el estudio de la secuencia campaniforme en el oriente de la Meseta Norte". *Numantia* 1: 65-82.
- DELIBES, G. y SANTONJA, M. 1986: *El fenómeno megalítico en la provincia de Salamanca*. Ediciones de la Diputación de Salamanca. Salamanca.
- 1987: "Sobre la supuesta dualidad megalitismo / campaniforme en la Meseta superior española". En W.H. Waldren & R.C. Kennard (eds.): *Bell Beakers of the Western Mediterranean* (The Oxford International Conference 1986). BAR International Series 331. Oxford: 173-205.
- ESCORTELL PONSODA, M. 1973: "Dos puñales de la Edad del Bronce hallados en el puerto de Gumial (Alto Aller)". *Boletín del Instituto de Estudios Asturianos* 79: 411-419.
- FERNÁNDEZ IBÁÑEZ, C. y PÉREZ GONZÁLEZ, C. 1986: "Brazal de arquero de la Edad del Bronce procedente de la cueva de Hornos de la Peña". *Boletín Cantabro de Espeleología* 7: 80-82.
- GILMAN, A. 1981: "The Development of Social Stratification in Bronze Age Europe". *Current Anthropology* Vol. 22, 1: 1-23.
- GONZÁLEZ SAINZ, C. y GONZÁLEZ MORALES, M.R. 1986: *La Prehistoria en Cantabria*. Ediciones Tantín. Santander.
- HARRISON, R.J. 1974: "A Closed Find from Cañada Rosal, Prov. Sevilla, and two Bell Beakers". *Madrider Mitteilungen* 15: 77-94.
- 1980: *The Beaker Folk. Copper Age Archaeology in Western Europe*. Thames and Hudson. Londres.
 - 1988: "Bell Beakers in Spain and Portugal: working with radiocarbon dates in the 3rd millennium BC". *Antiquity* 62 (236): 464-472.
- JUANEDA GAVELAS, A. 1986: "El enterramiento con cerámica campaniforme de la cueva del Ruso I (Igollo de Camargo, Cantabria)". *Boletín del Instituto de Estudios Asturianos* 118: 563-588.
- LÓPEZ DE CALLE, C. y PÉREZ ARRONDO, C.L. 1995: "Fechas de radiocarbono y fases de ocupación en los sepulcros megalíticos de Cameros (La Rioja)". En *Primeros agricultores y ganaderos en el Cantábrico y Alto*

- Ebro. *Cuadernos de Sección. Prehistoria Arqueología* 6. Eusko Ikaskuntza. San Sebastián: 343-360.
- LULL, V. y ESTÉVEZ, J. 1986: "Propuesta metodológica para el estudio de las necrópolis argáricas". En *Actas del Congreso Homenaje a Luis Siret (1934-1984)*. Cuevas de Almazora 1984. Sevilla: 441-452.
- LULL, V. y PICAZO, M. 1989: "Arqueología de la muerte y estructura social". *Archivo Español de Arqueología* 62, N^{os} 159-160: 5-20.
- MARTÍN VALLS, R. y DELIBES DE CASTRO, G. 1989: *La cultura del vaso campaniforme en las campiñas meridionales del Duero. El enterramiento de Fuente Olmedo (Valladolid)*. Monografías del Museo Arqueológico de Valladolid 1. Valladolid. (1^a ed. 1974).
- MOLINERO ARROYABE, J.T.; AROZAMENA VIZCAYA, J.F. y BILBAO OGANDO, H. 1985: "Castro Urdiales: Hábitat eneolítico en el Valle de Sámano". *Sauntola* IV: 165-174.
- MONTERO RUIZ, I. y RODRÍGUEZ DE LA ESPERANZA, M^a.J. 1997: "Asociaciones naturales de cobre y níquel en el Alto Valle del Ebro". En R. de Balbín Behrmann y P. Bueno Ramírez (eds.): *Actas del II Congreso de Arqueología Peninsular* (Zamora 1996). Tomo II. *Neolítico, Calcolítico y Bronce*: 517-526. Zamora.
- MUJICA, J.A. y ARMENDARIZ, A. 1991: "Excavaciones en la estación megalítica de Murumendi (Beasain, Gipuzkoa)". *Munibe (Antropología-Arqueología)* 43: 105-165.
- MUÑOZ FERNÁNDEZ, E. 1991: "Excavaciones arqueológicas en la cueva del Ruso I. Avance preliminar". *Arqueas* n^o 1: 61-157.
- ONTAÑÓN PEREDO, R. 2000: "Investigaciones arqueológicas en Montealegre (Sámano, Castro Urdiales)". En R. Ontañón Peredo (coord.): *Actuaciones arqueológicas en Cantabria. 1984-1999*. Consejería de Cultura y Deporte del Gobierno de Cantabria. Santander: 279-282.
- 2001: *El Calcolítico en la Cornisa Cantábrica*. Edición en microforma. Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cantabria. Santander.
- 2002: "Un "botón" prismático con doble perforación en V inédito procedente del dolmen de Pagobakoitza, en el contexto de los elementos de adorno del Calcolítico cantábrico". *Munibe (Antropología-Arqueología)* 54: 103-115.
- RENFREW, C. 1986: "Varna and the emergence of wealth in prehistoric Europe". En A. Appadurai (ed.): *The social life of things. Commodities in cultural perspective*. Cambridge University Press. Cambridge: 141-168.
- ROVIRA LLORENS, S.; MONTERO RUIZ, I., y CONSUEGRA RODRÍGUEZ, S. 1997: *Las primeras etapas metalúrgicas en la Península Ibérica. I. Análisis de materiales*. Ministerio de Educación y Ciencia, Instituto Universitario Ortega y Gasset. Madrid.
- SHENNAN, S.J. 1976: "Bell Beakers and their Context in Central Europe". En J.N. Lanting & J.D. van der Waals (redact.): *Glockenbecher Symposium* (Oberried 1974). Fibula-Van Dishoeck. Bussum/Haarlem: 231-239.
- SHERRATT, A. 1987: "Cups that cheered". En W.H. Waldren & R.-C. Kennard (eds.): *Bell Beakers of the Western Mediterranean* (The Oxford International Conference 1986). BAR International Series 331. Oxford: 81-114.
- VALDÉS, L. 1989: "Los primeros objetos de cobre del País Vasco. Consideraciones a la introducción de la metalurgia". *Kobie* 18: 65-86.
- WASON, P.K. 1994: *The archaeology of rank*. Cambridge University Press. Cambridge.
- ZAPATA, L. 1995: "La excavación del depósito sepulcral calcolítico de la cueva Pico Ramos (Muskiz, Bizkaia). La industria ósea y los elementos de adorno". *Munibe (Antropología-Arqueología)* 47: 35-90.